

DON BOSCO Y LA ESCUELA HUMANISTA

Bruno BELLERATE

He escrito ya en otra circunstancia¹ que, según mi parecer, el tema de la escuela en don Bosco no se había estudiado todavía a fondo. Tampoco yo tengo la pretensión de hacerlo con esta comunicación que, unida a otras de este mismo Congreso, o publicadas mientras tanto, espero que pueda ofrecer alguna aportación al menos a nivel de sugerencia. Hay que decir igualmente que no es fácil encontrar materiales útiles a este propósito ni siquiera en el Archivo Salesiano Central. Como consuelo, en parte, si no como justificación, vale también el principio de que «*la historia se hace con documentos, pero los documentos no son la historia*».²

Los estudios en esta temática pueden ser de diversos tipos, pero los que existen se podrían catalogar en dos grupos fundamentales: uno con *preocupación pedagógico-educativa* y otro con *preocupación histórico-pedagógica*. Como ejemplo, recuerdo, entre los primeros, las páginas de don Pietro Ricaldone, cuarto sucesor de don Bosco, a quien le interesaba la orientación práctica de la Congregación salesiana.³ Y entre los segundos, en cuyo cauce querría situarme, los estudios de Pietro Braido y de Pietro Stella: aquél, con más valor pedagógico, y éste, con más valor histórico.⁴ Con todo, sigue siendo verdadero el problema de la escuela en don Bosco en general. Y en su tiempo se concedió poca atención entre los salesianos a este tema respecto a otros argumentos, y esto porque *no* suponía un *punto especialmente significativo* ni de su actividad ni, menos todavía, de su pensamiento.

¹ B. BELLERATE, *Don Bosco e la scuola educativa salesiana*, en «Salesianum» 50 (1988) 75.

² Se puede ver, a este propósito, la literatura sobre la metodología histórica, en particular: H.I. MARROU, *De la connaissance historique*, Paris, Éditions du Seuil 1954 (sobre todo, los capítulos 3, 4 y la conclusión).

³ Cf. P. RICARDONE, *Don Bosco educatore*, Colle Don Bosco (Asti), Libreria Dottrina Cristiana 1952, vol. 1, p. 504-609, vol. 2, p. 109-188.

⁴ Sus publicaciones, en este campo, son más bien numerosas; pero, por lo que se refiere al tema específico de la escuela, se pueden señalar, sobre todo: P. BRAIDO, *Il sistema preventivo di Don Bosco*, 2. ed., Zürich, PAS-Verlag (ahora: Roma, LAS) 1964, p. 360-376; P. BRAIDO, *L'esperienza pedagogica preventiva nel sec. XIX - Don Bosco*, en: ID. (ed.), *Esperienze di pedagogia cristiana nella storia*, vol. II: *Sec. XVII-XIX*, Roma, LAS 1981, p. 389-399; STELLA, *Don Bosco I*, p. 121-127; ID., *Don Bosco nella storia economica e sociale (1815-1870)*, Roma, LAS 1980, p. 123-157.231-243.278-284.

El limitarse a considerar la *escuela de humanidades*, es decir, la escuela secundaria superior (y, según mi criterio, bajo el perfil prioritario de contenidos y metodología), da lugar a ulteriores interrogantes y agudiza las dificultades, tanto por la escasez de los materiales (más abundantes, en cambio, para el aspecto jurídico-institucional) como por la identificación de un sentido que se le pueda atribuir razonablemente a don Bosco mismo.

1. Consideraciones histórico-contextuales

Un *primer elemento*, no determinante pero con toda probabilidad influyente, se refiere a la *historia personal del Santo*, centrada, por una parte, en la convicción de la llamada divina al sacerdocio, con todas las condiciones y exigencias que esto suponía; y, por otra, en las dificultades económicas que en principio le podían impedir la realización de su «sueño». De hecho, con la ayuda de sus bienhechores, «Giovannino» se convierte en don Bosco y, a lo largo del camino, tiene que dedicarse a los estudios humanísticos y clásicos, en los que encuentra también satisfacción, hasta el punto de que don Rua, su sucesor, escribirá: «Don Bosco no despreciaba a los clásicos profanos; los había estudiado, sabía de memoria larguísimos párrafos y los comentaba magistralmente. Al hablar con buenos profesores demostraba algunas veces tanta erudición, que quedaban admirados y se sentían obligados a decir que nunca hubieran pensado que don Bosco tuviese un conocimiento tan profundo de la literatura latina». ³ Fue, pues, una experiencia que no olvidó y que supo valorar a su tiempo, precisamente cuando comience la escuela secundaria en el Oratorio, primero sólo a nivel de «*ginnasio*» o «*latinidad*» inferior (1855-1856) con las clases de gramática, y después también superior (1859-1860).

No es menos significativa la *situación escolar-educativa en el Piamonte* hasta la ley Casati. Dos puntos merecen una especial atención de nuestra parte.

Por un lado, el reconocimiento a la escuela de un fuerte compromiso educativo, orientado sobre todo hacia la instrucción y la práctica religiosa, como garantía de humanidad y, en paralelo, de sumisión a la autoridad constituida, según los cánones de la época, cimentados en la alianza entre trono y altar. En este sentido se situaba la legislación saboyana del siglo XVIII aún en vigor, con algunos retoques del P. Taparelli d'Azeglio en 1822, bajo el reinado de Carlo Felice. Con ellos no se habían introducido propiamente innovaciones en las orientaciones, bien radicadas en el seno del absolutismo monárquico de entonces y de un espíritu moralista-pietista casi inquisitorial, sino más bien normas detalladas que, manteniendo aquella connotación de la escuela (de la que, por otra parte, disfrutaban pocos), acentuaba su monopolio o, cuando menos, una

³ *Lettere circolari di don Michele Rua ai salesiani*, Torino, Tip. S.A.I.D. «Buona Stampa» 1910, p. 37 (carta n. 4 del 27.12.1889).

vigilancia centralizada, aunque diárquica, es decir, por parte del Estado y del clero.⁶

En 1848, instituido el Ministerio de Instrucción pública, su primer titular, Carlo Boncompagni, dictaminó una nueva ley que rompió, en total ventaja del Estado según el espíritu de los movimientos revolucionarios de aquel tiempo, la colateralidad tradicional y, por consiguiente, provocó fuertes pero comprensibles reacciones en el ámbito eclesiástico. Sin embargo, en ella no se prestaba mucha atención a los contenidos educativos dejando a la religión todo su peso, sino a los aspectos de organización e inspección. Revocó, no obstante, los privilegios por los que, por ejemplo, la Iglesia gozaba de derechos propios y tenía la posibilidad de intervenir, reduciendo, entre otras cosas, las oportunidades de crear nuevas escuelas, sin las debidas autorizaciones estatales y títulos para la enseñanza debidamente solicitados, aun cuando se tratase de disciplinas eclesiásticas. Los estudios secundarios se reorganizaron en tres cursos de «gramática» (que correspondían la latinidad inferior de antes), dos de «retórica» (con la reducción de un año respecto a los de «gramática», «humanidades» y «retórica» anteriores) y dos de filosofía (como antes). Se introdujo la experimentación de escuelas y de institutos técnicos.⁷

Por otra parte, con la ley siguiente (22.6.1857) del ministro Lanza (art. 7) y después con la ley Casati (13.11.1859, art. 246-247), se rompió el monopolio estatal, con una revisión más profunda de toda la materia escolar. Se reconocían en ellas, en efecto, derechos y espacios específicos tanto a la familia como a las autoridades municipales, con mayores posibilidades de intervención también para la iniciativa privada.⁸ La escuela fue reorganizada por completo y, por lo que toca a nuestro tema, la orientación clásico-humanística quedó reestructurada en el «ginnasio», con cinco años de duración en total, y en el «liceo» con otros tres años, uno más respecto a la ley Boncompagni. Se le unió, además, de modo definitivo, la instrucción técnica.

Esta nueva situación, en la que se iba manifestando poco a poco una creciente necesidad de instrucción, favoreció que se *multiplicasen las instituciones escolares*, tanto laicas, deseadas por los ayuntamientos que creían con ello adquirir mayor prestigio, como religiosas, debido a la proliferación de congre-

⁶ Cf. V. SINISTRERO, *La legge Boncompagni del 4 ottobre 1848 e la libertà della scuola*, Torino, SEI 1948, p. 6-7, y A. GAMBARO, *La pedagogia del Risorgimento*, in *Nuove questioni di Storia della pedagogia*, vol. II: *Da Comenio al Risorgimento italiano*, Brescia, La Scuola 1977, p. 590-591.

⁷ Cf. el citado ensayo de SINISTRERO, *La legge Boncompagni*, en el que se recogen las principales críticas hechas al documento, sobre todo por parte de los católicos, además del texto de la ley misma; y el trabajo de GAMBARO (599-603), que subraya los cambios institucionales.

⁸ La literatura sobre la ley Casati, o a partir de la misma, es más bien amplia. Aquí recuerdo sólo: G. CANESTRI - G. RICUPERATI, *La scuola in Italia dalla legge Casati a oggi*, «Documenti della storia», 18, Torino, Loescher 1976; el ensayo de GAMBARO, *La pedagogia* 608-612 y de G. TALAMO, *La scuola dalla legge Casati alla inchiesta del 1864*, Milano, Giuffrè 1960; pero también el interesante opúsculo de G. ALLIEVO, *La legge Casati e l'insegnamento privato secondario*, Torino, Tipografia Salesiana 1879.

gaciones de hombres y mujeres, dedicadas especialmente a la educación de la juventud.⁹ Sin embargo, las condiciones cambiaron significativamente y a peor sobre todo con la llegada al gobierno de la izquierda (1877), como se puede apreciar en las discusiones y deliberaciones del segundo Capítulo general de los salesianos (1880).

Éste es el ambiente y el terreno en el que se encuentra don Bosco en relación con la apertura y difusión de la escuela humanística en sus «casas», como prefería llamarlas.

2. Motivaciones y principios generales

La primera obra y la más típica del Santo fue el Oratorio, al que se unió después el internado (1847), impuesto por las condiciones de vida en que se encontraban los jóvenes que buscaban trabajo o lo realizaban ya. Después de 1848, especialmente tras la clausura de los seminarios de Turín y de Chieri en 1849, don Bosco, que quiere por una parte acoger a los seminaristas de la diócesis y por otra, tener colaboradores para su actividad catequístico-educativa, abrió su casa también a los estudiantes, que iban, no obstante, a escuelas privadas externas.¹⁰ El 7 de abril de 1880, en su relación al Ministerio de Instrucción pública, el *Provveditore* de estudios de Turín reconoce que Valdocco era un «vivero, del que el sacerdote Bosco, fundador de una orden religiosa, obtiene sus seguidores», pero, al mismo tiempo añade que «dos tercios al menos de los alumnos [...] vuelven a la sociedad».¹¹ A aquellos mismos años se refiere una importante declaración de don Rua: «Don Bosco, desde los primeros tiempos del Oratorio, mostró siempre vivo deseo de que se estudiaran también los clásicos cristianos». Y un poco más adelante insiste: «Desde 1850, durante varios años, él mismo, en vacaciones, nos explicaba varios pasajes de estos Autores de la Iglesia, especialmente las cartas de San Jerónimo, y manifestaba siempre un vivo deseo de que se estudiaran».¹²

Algún año más tarde, el Santo, que escribió sobre ello también bastante después, se dio cuenta del hecho de que: «Había, sin embargo, una gran dificultad. Como no teníamos todavía en casa los talleres, nuestros alumnos tenían que ir a trabajar y a clase a Turín, con gran menoscabo de la moralidad, porque los compañeros que encontraban, las conversaciones que oían y lo que veían, hacían inútil lo que se hacía con ellos y se les decía en el Oratorio. [...] Lo que sucedía con los artesanos había que lamentarlo igualmente de los estudiantes. [...] Eran escuelas óptimas, pero el ir y volver suponían muchos peli-

⁹ Cf. el ya citado vol. II de BRAIDO (ed.), *Esperienze di pedagogia cristiana nella storia*.

¹⁰ Sobre estas vicisitudes, cf. especialmente: MO 199ss, MB II-IV, y también: *Annali* I, p. 11ss.

¹¹ MB XIV, 756.

¹² *Lettere circolari*, p. 36-37.

gros. El año 1856 fueron definitivamente establecidas escuelas y talleres en la casa del Oratorio con lógica ventaja» (MO, 205-206). Fue el comienzo de nuevos compromisos que, por otra parte, completaron el abanico de sus intereses educativos en Italia, fuera, naturalmente, de sus posteriores establecimientos en el extranjero.

Para justificar la decisión de abrirse, primero, a los estudiantes y, después, de crear escuelas propias, no disponemos de una documentación amplia. Las pocas afirmaciones al respecto, como la que hemos reproducido antes,¹³ pueden despertar muchas dudas sobre todo si se advierte la difusión de los colegios salesianos, a partir de los años 60, que respondían a otras necesidades muy diferentes.

Hay que buscar las motivaciones que indujeron a don Bosco a dedicarse progresivamente a los estudiantes, con una bajada de atención paralela hacia los artesanos, (impulsada un poco más tarde),¹⁴ más que en declaraciones explícitas, *en su personalidad y en las situaciones históricas*. Su personalidad, por un lado, era muy sensible a las «necesidades de los tiempos», a las exigencias que se iban manifestando en el ambiente y que implicaban a los jóvenes. Especialmente, al requerimiento de mayor instrucción, con la que parecía que se podían obtener mejores condiciones de vida en el futuro. Y la educación, a su parecer, tenía que mirar con atención ese futuro. Por otra parte, el impulso hacia la acción casi incoercible del Santo, desde luego dirigido a la «salvación de las almas» y a una obediencia confiada a los designios divinos, aun respetando necesidades y prioridades, no le consentía quedarse mirando frente al florecimiento de nuevas instituciones. De hecho, como él mismo hace notar varias veces, el dato de que muchos chicos, intelectualmente bien dotados, no pudiesen ejercitar esa capacidad que Dios les había dado, no le dejaba tranquilo.¹⁵ Además, esa misma expectativa de mejor instrucción iba cundiendo en las familias y en la sociedad, en la que daba sus primeros pasos la industrialización. Más aún: como se ha dicho, se habían ido multiplicando las posibilidades de inserción con la gestión de escuelas propias, apoyándose en los obispos, que tenían necesidad de ayuda para la reorganización de sus seminarios, y de los ayuntamientos, que no disponían con frecuencia de personas en condición de dirigirlos.

Don Bosco siguió ambas pistas, abriendo pequeños seminarios: como tal se podía considerar el internado para estudiantes del Oratorio de Turín y así fue

¹³ E I, 377-378; III, 471 y 486.

¹⁴ En las actas de la 8ª conferencia del II Capítulo general del 7.9.1880, se lee: «Si ripete intanto ciò che già tante altre volte si disse in altre circostanze e cioè ciò che ci tiene su e deve essere nostro scopo speciale dover essere i collegi od ospizi di artigianelli, gli Oratori festivi e riguardo a scuole solo [después tachado] quelle del popolo e per poveri giovani abbandonati» (ASC 046 *Capitolo Generale II 1880* [micr. 1.858 B10]).

¹⁵ Véanse: *Regolamento per le case della Società di S. Francesco di Sales*, P. II, c. 2. a. 7; E II, 248.

la obra de Mirabello (1863), después de la experiencia de Giaveno (1860); y verdaderos colegios, como los de Lanzo (1864), Alassio y Cherasco (1869).

Esta «colegialización» obedecía, a mi parecer, más que al movimiento europeo de revaloración de los internados, en sintonía con el proceso de restauración, a la emergencia política italiana, que veía a los «católicos» a la caza de espacios autonómicos ante el Estado, en los límites que consentían las leyes, y de la libertad de enseñanza y de educación.¹⁶ El Santo estaba especialmente atento a defender el planteamiento propio de la educación, de modo que no dejó escaparse la ocasión que le ofrecían los tiempos y cuando se le bloqueó el camino de las escuelas de «ginnasio» (1879), se batió con todas sus fuerzas para defenderlas.

En realidad, don Bosco había utilizado la *actividad escolar* como un *instrumento* ulterior y eficaz de educación y, por tanto, en su perspectiva, de *cristianización*, aunque al principio tuviese un motivo importante su necesidad de colaboradores y, a partir de los años 60, frente a los obispos y a los mismos salesianos, diese mucho relieve al cuidado de las vocaciones.¹⁷

Bajo esta luz, pues, también la escuela humanística entraba en su planteamiento educativo, obedeciendo a los mismos principios escolares fundamentales, como ya ha hecho notar P. Braido,¹⁸ calificándola, ante todo, como «escuela cristiana». En ella debía tener un lugar privilegiado la instrucción religiosa y la educación moral, como «preparación a la vida»; pero es que, además, se debía actuar a la luz del «temor de Dios», en la fidelidad a los propios deberes y, por tanto, al «trabajo», de modo que se incidiese sobre la marcha de la misma vida civil, como «honrados ciudadanos», además de «buenos cristianos» como don Bosco solía remachar. El *Regolamento per le case della Società di S. Francesco di Sales*, elaborado en varias etapas desde los años 50, subraya esos mismos principios.

Es convicción común hoy entre los estudiosos de la «pedagogía» de don Bosco, que el *sistema preventivo*, nacido más de la práctica que de lecturas o reflexiones de carácter teórico e impuesto como *estilo educativo específico*, tuvo que sufrir notables modificaciones precisamente con la «colegialización»,¹⁹ que había exigido estructuras y relaciones diferentes de las que regían en el Oratorio de Valdocco.

¹⁶ Cf., sobre este punto, las densas páginas de STELLA, *Don Bosco* I, p. 121-127; pero que evoca también un probable influjo europeo.

¹⁷ Puede verse, especialmente, el ya citado pasaje del *Epistolario* I 248; además: el art. 5 del c. I de las *Costituzioni della Pia Società di S. Francesco di Sales*: «Mezzi per coltivare le vocazioni allo Stato Ecclesiastico», introducido en las *Deliberazioni del secondo Capitolo generale della Pia Società Salesiana*, tenuto in Lanzo Torinese nel settembre 1880, Torino, Tipografia Salesiana 1882, Distinz. III, c. 4, pp. 56-59; MB XII, 27; XVII, 616.

¹⁸ BRAIDO, *Il sistema preventivo*, p. 360-366; y para las repercusiones sobre la sociedad: ID., *Il progetto operativo di Don Bosco e l'utopia della società cristiana*, «Quaderni di "Salesianum"», 6, Roma, LAS 1982.

¹⁹ Cf. BRAIDO, *Il progetto operativo*, p. 5 y p. 15-21; STELLA, *Don Bosco* II, p. 462-466.

Esto se deduce, no tanto del opúsculo con aquel título, preparado y publicado en 1877, cuanto del análisis de la actividad y de las enseñanzas de don Bosco. A pesar de esto, algunos rasgos típicos del «sistema» se encuentran también en el terreno de la escuela, tanto en la práctica como en las orientaciones que sobre ella se dan. Entre los más significativos, hay que señalar, en clave más bien metodológico-educativa, la *centralidad del ambiente*, cuyo eje es la *familiaridad*, orientado a la promoción de una *moralidad y religiosidad* auténticas, genuinas;²⁰ la *corresponsabilidad* que, por una parte, quería tener en cuenta las diferencias de carácter y de edad y, por otro, jugaba con la implicación de los mismos muchachos; por último, la *atención a cada uno*, que en el plano didáctico se expresa como *individualización*. A este respecto, creo significativo señalar que, con los años, se intensificó la indicación de atender a los muchachos en dificultad, a los últimos, sin que esto supusiese desatender a los demás: «De ordinario los maestros tienden a complacerse con los alumnos que sobresalen por estudio e inteligencia y explican atendiendo sólo a esos [...]. Yo, en cambio, soy de parecer totalmente contrario. Creo que todo maestro debe atender a los más torpes de la clase; preguntarles con más frecuencia que a los demás, detenerse más por ellos en las explicaciones y repetir, repetir, hasta que entiendan, acoplar los deberes y lecciones a su capacidad. Si el maestro tiene un método contrario a esto, no da clase a los alumnos, sino a alguno de los alumnos. Para ocupar convenientemente a los alumnos de inteligencia más despierta, dárseles deberes y lecciones extraordinarios, premiándolos con puntos de aplicación. Más que descuidar a los más retrasados, dispéñeseles de cosas accesorias; pero las materias principales adáptense totalmente a ellos».²¹

Análogas afirmaciones, repetidas varias veces por don Bosco, se encontraban también en los pedagogos más perspicaces de la época y no sólo extranjeros aunque es siempre difícil decir si y hasta qué punto se puede demostrar su posible influencia, teniendo en cuenta que el Santo tenía la experiencia personal y repetida de trabajar con muchachos con dificultades en la escuela.²²

²⁰ A este propósito, se puede consultar: BELLERATE, *Don Bosco e la scuola*, p. 88-93. Pero no hay que olvidar el hecho de que, ya en 1880, don Bosco se da cuenta de que son las escuelas las que más fácilmente caen en el frente de la «carità e dolcezza», especialmente con los últimos. En la 2ª conferencia del II Capítulo general decía: «Un'altra cosa che bisognerà studiamo insieme di promuovere si è lo spirito di carità e di dolcezza di S. Francesco di Sales. Esso va diminuendo specialmente nelle scuole. Alcuni giovani non sono ben visti e non ben trattati dai maestri: altri sono abbandonati nella scuola, non curati, lasciati per tempo e tempo senza essere interrogati, senza che loro si correggano lavori ecc.: altri poi sono mandati fuori dalla scuola [...]» (ASC 04 *Capitolo generale II 1880* [micr. 1857 C9]).

²¹ MB XI, 218. En este sentido existían en Valdocco los «ripetitori», de quienes don Durando ha transmitido los nombres, para los años 1869-1872, en su agenda personal (ASC, 272. *Durando*).

²² Cf. por ejemplo: MO 51.78.94.101. En cuanto a los pedagogos, J.F. Herbart había hecho ya propuestas análogas, y, por ejemplo, en «L'Educatore primario», que don Bosco conocía, se pueden, probablemente, encontrar exhortaciones del mismo tipo.

3. Problemas escolares específicos

Indicados los objetivos fundamentales que don Bosco se proponía alcanzar con la escuela y las modalidades educativas a las que debía obedecer, resulta muy lejos de su pensamiento la idea de una posible «neutralidad» de aquella institución, no por su función instrumental, sino por su uso, que tenía que orientarse necesariamente a un tipo cualificado de formación humana. Por eso, la «*escuela cristiana*» se ha ido delineando, a sus ojos, como el remedio principal para la «única causa verdadera» de la «aberración» que estaba extendiéndose al difundirse la obligación y la frecuencia escolar: la «*educación pagana que se da generalmente en las escuelas*».²³

La *puesta en marcha* de la actividad escolar en el Oratorio había respondido, sin embargo, a otras motivaciones, como se ha visto. Y sólo más tarde tomó cuerpo la convicción que absorbió progresivamente la atención y el empeño del Santo. Efectivamente, aquella iniciativa suponía inevitablemente una *serie de complicaciones* burocráticas: desde la obtención de los permisos necesarios, condicionados por la situación legal de los maestros y la practicidad de los locales; el planteamiento educativo, al que se ha hecho alusión y que más tarde entrará en crisis hasta en el Oratorio (1882-1884);²⁴ los destinatarios, que poco a poco se fueron diversificando; hasta los subsidios didácticos que, a su vez, no se podían considerar neutrales.

El *problema* más grave que debió afrontar don Bosco, desde el principio, fue el *de los maestros*. Empezó, en 1855-56, con el clérigo G.B. Francesia, de 17 años, que había sido antes interno en el Oratorio y al que él mismo había impuesto el hábito. Después, con G. Ramello y F. Blanch, «*patentato*» y que se había ofrecido a trabajar gratuitamente. Y, poco a poco, con otros colaboradores suyos que, sin embargo, carecían, las más de las veces, del título exigido o «*patente*» de enseñanza. De aquí la preocupación y la densa correspondencia del Santo con las autoridades competentes, a partir del 4 de diciembre de 1862, para obtener excepciones y reconocimientos, y que duró toda la década de los años 60 y volvió después de la clausura del «*ginnasio*» de Valsalice, con tonos, acentos y promesas de diverso género, que ponen en evidencia la astucia y sabiduría de quien, sabiéndose en situación deficiente, juega todas las cartas que tiene para conseguir sus objetivos, sin desanimarse por las dificultades, las amenazas y los abusos a los que se vio sometido. Basta recordar las frecuentes y a veces fastidiosas inspecciones de que fue objeto la escuela del Oratorio.²⁵

²³ Cf. F. CERRUTI, *Le idee di D. Bosco sull'educazione e sull'insegnamento e la missione attuale della scuola* - Lettere due, San Benigno Canavese, Tipografia e Libreria Salesiana 1886, p. 88: se transcribe un coloquio del Santo con el abogado Michel.

²⁴ Véase: J.M. PRELLEZO, *Studio e riflessione pedagogica nella Congregazione Salesiana 1874-1941* - Note per la storia, en RSS 7 (1988) 36-47.

²⁵ Cf. E I, especialmente, de la carta 219 a la 685, *passim*; MB V-VII y XVI; *Annali* I, *passim*.

Presionado por esa urgencia, don Bosco no dudó en enviar a sus clérigos a la Universidad, primero en calidad de oyentes y después, cuando se le exigía por el Ministerio regularizar situaciones, como matriculados normales, llegando, aunque con retraso, a disponer de maestros titulados en número suficiente. Sin embargo, las dificultades volvían a aparecer enseguida, impidiéndole con frecuencia aceptar invitaciones para nuevas fundaciones. Es más, uno de los motivos de volver a cierta preferencia por los «artigianelli», según don Bosco, fue precisamente el hecho de que «al mismo tiempo se pueden sostener con menos personal y, esto es lo mejor, que por ahora el personal no necesita titulación y a nosotros nos faltan tanto títulos de diplomados como de licenciados».

Y añade: «En estos hospicios, además, con los artesanos podemos, poco a poco, poner también escuelas y entonces no hay tanto peligro de que las autoridades escolares vean lo que se hace y si los maestros están titulados o no».²⁶

En cambio, no había tenido dificultad en aceptar desde el principio los programas propuestos por el Estado, aun sin renunciar a introducir alguna exigencia especial, como el estudio de los autores clásicos cristianos, a los que quiso que se dedicase una hora de clase a la semana.²⁷ Después, mientras insistirá en aceptar los programas y la autoridad del gobierno, decidirá reservar los estudios universitarios a los sacerdotes o «al menos» a los iniciados en las órdenes sagradas.²⁸

En cuanto a los *destinatarios*, inicialmente eran muchachos con esperanza, al menos, de vocación eclesiástica, si no salesiana. Tanto es así que, mientras antes había enviado a sus estudiantes también a las clases del canónigo Anfossi, del vecino Cottolengo, en un segundo momento recibió él mismo a los aspirantes del canónigo en Valdocco. Sólo más tarde se abrió esta escuela a otros externos, pero privilegiando siempre a posibles candidatos al sacerdocio. En cambio, en otros centros, el Santo fue reduciendo poco a poco las mallas de su red, para recoger toda clase de «peces», con tal de hacerles alcanzar la meta de la salvación. La «colegialización» ensancha de este modo el horizonte, desde la juventud «pobre y abandonada» a «cualquier otra clase de personas», aunque la «*Congregación*» «prefiere ocuparse de la *clase media* y de

²⁶ *Verbali del Capitolo generale II* (micr. 1.858B11): muy probablemente esta postura refleja la disquisición jurídica en curso, en orden a la abrogación del decreto de clausura del colegio («ginnasio») de Valdocco.

²⁷ Cf. *Regolamento per le Case*, P. I., c. VI, a. 14. Pero, curiosamente, en los únicos *Programmi d'insegnamento per le scuole elementari, ginnasiali e liceali* que he logrado encontrar (ASC 35) para el «Anno Scolastico 1888-1889» (Torino, Tipografia Salesiana 1888), no aparece tal hora, sino sólo «S. Girolamo (*De viris illustribus*)» en el tercer curso gimnasial.

²⁸ Cf. *Verbali* del I Capítulo general de 1877, respectivamente, 4ª conf., p. 128 de la edición crítica (preparada por M. VERHULST, *I verbali del I Capitolo Generale Salesiano [1877]*, Università Pontificia Salesiana 1980) y p. 292s. sobre el respeto de los programas y de la autoridad; y el 7º art. sobre los «Studi tra i confratelli Salesiani» del mismo Capítulo: *Verbali*, p. 99 y además p. 109-110 (edición crítica).

la *clase pobre* como quienes tienen mayor necesidad de ayuda y de asistencia». ²⁹ Un caso especial fue la aceptación del colegio de Valsalice (1872) destinado a los retoños de «familias patricias y pudientes» de la clase alta de Turín, por indicación y presión de la curia y del arzobispo, y aceptando también «a algunos (aunque pocos) jovencitos pobres».

La apertura de las escuelas a muchachos de la «clase media» hizo reaparecer, también por la escasez de *vocaciones eclesiásticas*, la preocupación por ellas a partir de los años 60, como se ha dicho; don Bosco vuelve a insistir para que se cuide y se prefiera a los que dan esperanza de vocación, codificando en las *Constituciones* de la Sociedad salesiana este compromiso. ³⁰ Naturalmente, dentro del problema de las vocaciones, ocupaban un puesto privilegiado los que podían llegar a ser *salesianos*. En un primer momento, en Valdocco, no estaban separados de los otros estudiantes en los cursos del «gimnasio», mientras que para los cursos de liceo y filosofía frecuentaban como externos, las clases del seminario, colaborando también a satisfacer las exigencias de asistencia y de enseñanza en el mismo Oratorio. Sólo mucho más tarde, en los últimos años de la vida del Santo, se pensó en llevarles después del Noviciado a una institución a propósito, San Benigno Canavese, primero, y a los «estudiantados» después, como decidió el segundo Capítulo general. ³¹

Por lo que se refiere a los salesianos, no hay que olvidar, de modo especial, las exigencias específicas de carácter pedagógico orientadas a su preparación en el plano educativo, además de formación eclesiástica: se insiste en ello tanto en los reglamentos como en los Capítulos generales. ³²

4. La instrumentación didáctico-educativa

Subrayada la finalidad religiosa fundamental, siempre presente en el pensamiento y en la acción del Santo, señalo aún tres elementos especialmente significativos del escenario escolar-formativo promovido por él: el recurso a *modelos*, válidos, según él, para todo tipo de intervención pedagógica, la *coloquialidad* y la preparación de *textos y manuales* adaptados, en este caso, a la escuela humanística. Terminaré este punto con una palabra sobre el *latín*.

²⁹ *Ibidem* c.I, a. único.

³⁰ Cf. BRAIDO, *Il sistema preventivo*, p. 353-359. Véase también RICALDONE, *Don Bosco educatore* II 452-493, teniendo en cuenta el diverso enfoque e interés de este escrito. Además: *Costituzioni della c. I*, a. 5; y las páginas ya citadas de las *Deliberazioni del secondo Capitolo*.

³¹ Cf. STELLA, *Don Bosco* I, p. 150-160. Además los ya citados volúmenes de los *Annali* y, sobre todo, de las MB. Véase además: *Deliberazioni del secondo Capitolo*, p. 69-71. Se tenga presente que el principal motivo aducido para cerrar el gimnasio de Valdocco era que enseñaban maestros sin título, en lugar de los maestros titulados que habían sido comunicados a la autoridad civil.

³² Cf. especialmente el trabajo ya citado de PRELLEZO, *Studio e riflessione pedagogica*, páginas recordadas. Me parece importante recordar también los consejos dados a don Bertello, profesor de filosofía, respondiendo a sus quejas sobre el poco empeño en el estudio de los clérigos salesianos; en tales consejos se repiten indicaciones dadas a todos los enseñantes (E II, 471).

El tema de los modelos, o con el significado práctico actual de esquemas estructurales los que hay que atenerse en las propias intervenciones, sino el sentido o de *figuras emblemáticas* que reproducir, o que no hay que imitar y que han caracterizado durante siglos a la educación cristiana (así como el papel tradicionalmente atribuido al «ejemplo»), o también sólo en el sentido de *ideales* a cuyo logro se ha invitado, está muy presente en los escritos y en las normas dadas por don Bosco. Para ello no sólo recordaba la ocasión de celebraciones especiales (fiesta de la Inmaculada Concepción, de San José, de San Luis...) que había que aprovechar en las clases con breves referencias, sino que se había comprometido, con una laudable sensibilidad pedagógica, en proponer a sus jóvenes modelos de entre sus compañeros desaparecidos poco antes, aunque lejanos de ser canonizados. Así, Domingo Savio, ahora santo, Francisco Besucco, Miguel Magone.³³

Por *coloquialidad*, en este contexto, entiendo una doble exigencia subrayada por el Santo ante sus maestros. Ante todo, la insistencia en que *explícasen* y lo hiciesen de un modo fácil, comprensible para todos, de acuerdo con aquella atención a los últimos de la que ya se ha hablado. Este tipo de enseñanza no tiene en cuenta el brillo del maestro, que se debe poner al nivel de los alumnos, como en cualquier diálogo humano, pero de modo que interpele al alumno. En la misma línea está su insistencia sobre las preguntas en clase, aunque vistas principalmente como verificación: «Y soy también del parecer de que se pregunte mucho, mucho y, si es posible, no se deje pasar ningún día sin preguntar a todos. De esto se sacarían ventajas incalculables. Oigo, en cambio, que algún profesor entra en clase, pregunta a uno o dos y, después, sin más, explica su lección. Este método no lo querría ni siquiera en la Universidad. Preguntar, preguntar mucho, preguntar muchísimo: cuanto más se haga hablar a los alumnos tanto más aumentará el provecho».³⁴ No se trata, de todos modos, de una fiscalización, sino que ese modo de actuar tiene que situarse en el horizonte de la *amorevolezza*, típica de su planteamiento educativo. Gracias a ella uno se hace «pequeño con los pequeños», de modo que, como hace escribir desde Roma en 1884, los muchachos «si son amados en lo que les gusta participando en sus aficiones infantiles, aprendan a ver el amor en las cosas que naturalmente les gustan poco: como la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos; y aprendan a hacer estas cosas con amor».³⁵

Indicaciones más detalladas sobre la metodología didáctica y, todavía más, sobre los objetivos que se deben obtener, se leen en las dos cartas de don Ceruti a don Rua cuyo título es: *Le idee di D. Bosco sull'educazione e sull'inse-*

³³ Véanse las respectivas biografías, preparadas por él mismo. Además: MB VI, 244-245 y 390; *Regolamento per le case*, P. I, c. VI, a. 13.

³⁴ MB XI, 218. Cf. también: *Regolamento per le case*, P. I, c. VI, a. 5. Sobre este tipo de indicaciones, se insiste de vez en cuando en las conferencias a los salesianos de Valdocco (por ejemplo en la 4ª del 8.2.1881: ASC 38).

³⁵ BOSCO, *Scritti pedagogici*, p. 294. Cf. MB V, 917; VI, 320-321; VIII, 750; IX, 69-70.

gnamento, ya citadas. Su valor estriba en que fueron escritas cuando todavía vivía el Santo que, muy probablemente, al menos fue informado de ellas, y porque don Rua las recibe como tales explícitamente,³⁶ de modo que se apoya en ellas en su circular, aunque, a su vez, llame la atención sobre otras sugerencias didácticas, y porque el autor había sido alumno y maestro en el Oratorio de Valdocco. La insistencia mayor, no obstante, se da aquí también sobre la «*cristianità*» de la escuela y la elección de los escritores latinos cristianos, que dan a aquélla una buena aportación.

Por último, en lo que se refiere a los *manuales*, don Bosco, descontada una selección cuidadosa previa, exigía, en primer lugar, el respeto: «Querría, además, que las explicaciones se ajustasen al texto, explicando bien sus palabras. Irse por regiones elevadas parece dar palos al aire [...]. Y que no se critiquen los textos. Hace falta poco para desacreditarlos ante los jóvenes; cuando éstos hayan perdido su estima, no los estudian ya. Se puede añadir lo que falta, dictándolo; pero críticas, no, nunca».³⁷ Sin embargo, se sentía el problema, y en los dos primeros Capítulos generales se dieron normas, más bien detalladas, con pequeños reajustes en el segundo de ellos: «1. Por regla general, los libros de texto deben estar escritos o revisados por nuestros socios o por personas conocidas por su honestidad y religión. 2. Cuando las autoridades escolares mandasen algún libro, puede introducirse sin dificultad en nuestras escuelas; pero si en ese libro hubiese máximas contrarias a la religión o a la moral, no se ponga nunca en manos de los alumnos. En ese caso, provéase dictando en clase o haciendo imprimir o multicopiar dicho libro, omitiendo o rectificando las partes, los períodos y las expresiones que se juzgasen peligrosas o sin más inoportunas. Esto es cometido del Consejero escolar del Capítulo superior».³⁸

Hoy, indudablemente, estas indicaciones pueden sonar a excesiva prudencia, pero no lo eran en aquellos tiempos, sea porque era costumbre común, al menos entre los religiosos, «purgar» a los clásicos, según la práctica de San Carlos Borromeo para sus seminaristas;³⁹ sea porque no existían otras fuentes fáciles de encontrar libres de «contaminación» moral, como se atribuía a dichos autores; o, por último, porque los textos tenían precios no muy asequibles. En aquel clima, que el Santo había respirado desde hacia tiempo y que había fomentado, tanto con sus publicaciones como con sus intervenciones, se puede comprender mejor y valorar el tardío desahogo con el abogado Michel

³⁶ *Lettere Circolari* 38: «In quello voi troverete le precise idee di Don Bosco su questo argomento; io le volli rileggere ultimamente con attenzione, e dovetti constatare che realmente vi erano con tutta fedeltà esposte quelle idee, che più e più volte aveva io stesso udite ripetere e inculcare dal labbro del nostro caro padre». Véase, en la p. 43, otros consejos didácticos.

³⁷ MB XI, 218; MB XIV, 838.

³⁸ *Deliberazioni del secondo Capitolo*, c. IV, p. 73. Cf. *Deliberazioni del Capitolo Generale della Pia Società Salesiana*, tenuto in Lanzo-Torinese nel settembre 1877, Torino, Tipografia e Libreria Salesiana 1878, c. III, p. 18.

³⁹ Lo afirma don Cerruti en su opúsculo (p. 9).

de Marsella en 1885: «He combatido toda mi vida contra esa perversa educación (pagana), que arruina la mente y el corazón de la juventud en sus años más bellos; fue siempre mi ideal reformarla sobre bases sinceramente cristianas. Con este fin he acometido la impresión revisada y corregida de los clásicos latinos profanos más frecuentes en las escuelas; con este fin empecé la publicación de los clásicos latinos cristianos, que deberían, con la santidad de su doctrina y de sus ejemplos, hacerla más bella con una forma al mismo tiempo elegante y robusta, completar lo que falta a los primeros, que son el producto de sólo la razón, hacer vanos en lo posible los efectos destructores del naturalismo pagano y volver a dar el antiguo honor debido a cuanto en las letras produjo de grande el Cristianismo. Este es, en una palabra, el objeto que he buscado siempre en todos los intentos educativos y didácticos, que di de palabra y por escrito a: directores, maestros y asistentes de la Pía Sociedad salesiana. Y ahora, viejo y caduco, muero con el dolor, resignado, pero dolor al fin, de que no me han comprendido bien, de no ver plenamente en marcha la obra de reforma de la educación y la enseñanza a la que he consagrado todas mis fuerzas y sin la que no podremos jamás, lo repito, tener una juventud estudiantina sincera y enteramente católica».⁴⁰

Esta larga, pero muy significativa cita, por la que pido excusa, aunque puede suscitar alguna perplejidad desde un punto de vista estrictamente histórico, no deja dudas sobre las intenciones y preocupaciones de don Bosco en relación con la escuela humanista, en la que no se podía tolerar nada que supusiese daño para la formación cristiana. Don Cerruti, que se alarga en el tema, insinúa también las posibles fuentes, pasadas y contemporáneas del Santo, con una referencia especial a la polémica que se había desencadenado en Francia entre Dupanloup y Gaume, cerrada con una decidida intervención de Pío IX con la encíclica *Inter mirificas* del 21 de marzo de 1853. En ella se defendía el uso de los clásicos cristianos junto a los profanos «*a quavis labe purgati*». En la misma línea se había situado también León XIII. Y esto habría sido suficiente para decidir la actitud y las opciones de don Bosco.⁴¹ En esta misma perspectiva se entiende también la exclusión de muchos autores y obras literarias italianas, como Ariosto, Machiavelli, Metastasio, Giusti, D'Azeglio y hasta Manzoni (y como «lo que puede hacer mal a los nuestros puede hacer mal a los demás: no se pueden poner a la venta»), como todos los textos «en que hay enamoramientos».⁴² De todos modos, don Bosco «estudió los clásicos italianos y en los últimos años de su vida recordaba todavía y declamaba de memoria con mucho gusto cantos enteros de Dante y poesías de otros autores. Sintió la necesidad de estudiarlos, como algo necesario para aprender bien la

⁴⁰ CERRUTI, *Le idee di D. Bosco*, p. 89.

⁴¹ Cf. CERRUTI, *Le idee di D. Bosco*, p. 11-14. Se dan, explícitamente, las razones por las que se deben preferir los autores cristianos (p. 15), y se transcribe una significativa exclamación de don Bosco: «Aihmé quanti giovani di belle speranze ha rovinato la mitologia!» (p. 40).

⁴² Cf. *Verbali del Capitolo generale II* (micr. 1.857D7).

lengua y hacerse con un buen estilo. Y promovió su estudio. Pero vio los peligros que iban a encontrar en este estudio los jovencitos, sobre todo porque muchos de ellos están prohibidos por la Iglesia o la ley natural». Pero no hay que olvidar, a propósito de ello una observación de don Cerruti, a la que atribuye valor didáctico: «Yo recuerdo, querido don Rua, con cierta emoción, aquellos bellos años en que él, nuestro amadísimo padre, nos contaba con aquella rara ingenuidad suya, el cuidado ardiente que había puesto durante sus años de estudios juveniles por adquirir una forma de hablar especialmente florida, rotundidad en los períodos, belleza de dicción y cosas parecidas, y cuántos esfuerzos debió hacer después, cuántas luchas sostuvo contra sí mismo para librarse de ello y adquirir, en cambio, aquella otra llana, sencilla, cándida y siempre correcta que hace amables tanto sus palabras como sus escritos». La retórica, especialmente en los trabajos escolares, se presenta de ese modo negativamente.⁴³

Por último, una referencia también sobre el *latín*. El Santo que, como se ha visto, lo había estudiado diligentemente, se convirtió en paladín de su estudio, antes de nada, entre sus clérigos colaboradores y, después, entre los estudiantes, hasta el punto de hacer representar, con éxito comedias clásicas en su texto original.⁴⁴ El motivo principal de esta actitud suya, que tenía también raíces muy lejanas y profundas en la tradición escolar piamontesa, derivaba del hecho de que el latín era la lengua de la Iglesia y de los Padres, por los que nutría una gran veneración, aun bajo el aspecto literario, como ya se ha dicho. No se puede, por otra parte, excluir una consciente funcionalidad con vistas a la promoción de las vocaciones eclesíásticas. Sin embargo, con la expansión de la Congregación en el «nuevo mundo», sólo se menciona el latín en relación con los clérigos y no ya con los colegiales, como aparece en las *Deliberazioni del secondo Capitolo generale*, y después.

5. Reflexiones finales

Al final de este recorrido histórico por los años de la madurez y vejez de don Bosco con el fin de captar las motivaciones y opciones que le llevaron a asumir el peso que suponía abrir una escuela humanista, querría presentar algunas consideraciones, en clave «positiva» y, tal vez, personal, que estimulen, según creo (y no sólo a los salesianos), aunque vayan de forma esquemática, y espero que no moralista.

Ante todo, sobre la *función de la escuela*. Aunque hoy se puede pensar en la escuela como una institución dirigida fundamentalmente, si no exclusiva-

⁴³ Cf. CERRUTI, *Le idee di D. Bosco*, p. 44-45 y p. 46-47.

⁴⁴ Cf. MB VI, 884 y 958; VII, 666; VIII, 419 y 782-783. Por lo que se refiere a su admiración por los Padres y a la defensa del latín de los mismos, además de los pasajes citados, cf. MB IV, 634-636.

mente, a la instrucción y hasta la profesionalización, me parece que, a la luz de la postura del Santo, no se puede (ni debe) dejar en la sombra su cometido educativo y, por tanto, dirigido en primer lugar a una promoción humana; y, eventualmente, a un éxito profesional en todo caso no necesario. Por eso resulta indispensable unir, a la preparación disciplinar de los maestros, una preparación igualmente comprometida de corte pedagógico; don Bosco lo pedía a sus religiosos, teniendo en cuenta, naturalmente, los progresos de las ciencias de la educación.

Lo que no contradice, según mi parecer, la exigencia y la práctica del Santo de unir al estudio y a la información (entonces no siempre adecuada) una experiencia directa y probada: el «*tirocinio*». Tal vez el mismo don Bosco exageró el papel determinante de la práctica, pero por necesidad más que por convicción, dado el aprecio que demostró en general por los estudios. Hoy, con frecuencia, el riesgo es el contrario: nos contentamos con la teoría, académica o no, y ni siquiera porque se la estime más de lo debido.

Algo todavía. El Santo, aun después de haber abierto a la «clase media» las escuelas, insistió mucho para que no se descuidase a los *muchachos con dificultades* en el aprendizaje. Se diría que defendía una escuela no selectiva, pidiendo a sus maestros un empeño mayor y diferenciado, no resignado en absoluto. Hoy, a nivel teórico, se difunden tesis paralelas (desde la de una individualización más tradicional en la enseñanza hasta el *mastery learning*), pero se está muy lejos en la práctica, en la que vuelven a aparecer con vigor posturas discriminatorias.

El principio de la corresponsabilidad o de la *coloquialidad*, como lo he denominado aquí, invita a pensar de nuevo en el valor del sujeto humano y la densidad del respeto que le es debido. Don Bosco sin duda estuvo condicionado por su pensamiento teológico y religioso, más que por el antropológico-psicológico en esta implicación buscada de los alumnos. Pero crear espacios para los otros y compartirlos como iguales, la utilización (como piden, entre otras cosas, la *amorevolezza* y la familiaridad) es una exigencia que, pedagógicamente y tal vez también psicológicamente, tiene un significado liberador. Como cuando se trata con niños, se mira mucho de arriba abajo. J. Korczak tendría mucho que decir en este campo y precisamente en ese sentido he relanzado un concepto más amplio de *coeducación*, como contributo continuo y recíproco, aunque no siempre consciente, a la promoción humana.

Por último, la aceptación por parte del Santo de los programas oficiales, aun tomándose la libertad que consideraba irrenunciable de adaptarlos, es índice de una notable *capacidad de adaptación* que, si no se puede llevar hasta las fronteras de un pluralismo impensable para aquella época, manifiesta una cualidad fundamental para una gestión inteligente de las relaciones humanas: discernir lo esencial de lo accidental, lo sustancial de lo accesorio. En educación es objetivo indiscutible la promoción del sujeto, su crecimiento humano; las modalidades, los medios y hasta las metas intermedias pueden variar o desapa-

recer; en una educación cristiana, igualmente no hay que confundir lo que garantiza la fe con lo que otros aconsejan o exigen.

Se trata de sugerencias para la reflexión, si no para la revisión, que se encuentran en buena sintonía con las actitudes y las opciones de don Bosco que, aun referidas a un tema no medular de sus intereses y de su pensamiento, brotan con notable evidencia y, aparte la diversidad de los tiempos, de las situaciones y de los condicionamientos, se pueden volver a proponer, aún hoy, a todos.